

EN SU PARTIDA

Se fué, se fué sin vacilar un punto,
En medio del estruendo y la algarazara,
Sin que su ardiente júbilo turbara
Ni el ¡ay! mortal de su primer amor.

Se fué, se fué festivo reflejando
En la animada turba de galantes
Los rayos de sus ojos centellantes,
Húmedos de deleite y de placer.

Se fué la ingrata, cantando su victoria,
Sin escuchar mi dolorida queja,
Como el halcon que sobre espinas deja
La víctima que quiso desgarrar.

Y nada, nada contenerla pudo;
Ayes, suspiros, lágrimas sencillas,
Y sobre el tierno amante de rodillas
¡La ingrata mia con desden pasó!

Y yo espirante todavía la amo
Y la bendigo en mi dolor acerbo;

Como al morir, el inocente ciervo
Lame la mano que su seno hirió.

Y mientras yo mis pálidas mejillas
De llanto hirviente sin cesar anego,
Tal vez su frente un ósculo de fuego
Recibe ¡ay Dios! al ruido del festín!...

¡Tal vez su blanco, su flexible talle,
Que, á mi pesar, adoro con locura,
Es el juguete de una mano impura
En los ardientes vértigos del vals!...

Tal vez el vino, que á torrentes corre,
Ha trastornado su febril cabeza,
Y en su delirio un sátiro..... la besa
¡Sin miedo, sin respeto ni pudor!...

¿Y yo, gran Dios, respiro todavía
Sin que mi pecho cual volcan reviente?
Lanza, Señor, tus rayos en mi frente,
¡Acabe mi existencia de una vez!...

JOSÉ MATÍAS AVILÉS

Nació en Guayaquil en 1836.

En 1857, partió para Quito y obtuvo en aquella Universidad su grado en derecho; un año después recibía la investidura de abogado en la corte de justicia de Guayaquil, y en 1861, le contó esta en el número de sus ministros.

Posee bastantes conocimientos en literatura y facilidad para la versificación.

Posteriormente, se consagró á la poesía dramática con tan buen éxito, que una de sus piezas de aquel género, representada en el teatro de Guayaquil en 1862, le mereció los aplausos del público, y el autor fué coronado en aquel acto.

Muy sensible es que no haga uso de su génio para la creacion de obras dignas de enriquecer la literatura americana.

A VIRGINIA CARBO DE ICAZA

EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMOGÉNITO

I

Feliz tú que en espléndida mañana
Impregnada de aromas y armonía,
En tu alma tierna reflejar sentiste
Esa luz celestial que vivifica,
Esa divina llama que depura
Al corazón que de dolor suspira,
Del infinito emanación sublime
Que al fatigado espíritu reanima;
Efluvio misterioso desprendido
De la esencia beatífica y divina,
Destello de la luz indeficiente
Que la tierra ha llamado amor, Virginia.
Tú has sentido sus dulces devaneos,
Sus gratas impresiones y delicias,
Has probado sus goces inefables,
Sin libar de su cáliz el acíbar.

Feliz tú, que abrigastes en tu pecho
Esa pasión que á la mujer deifica,
Ese tierno, sublime sentimiento
Que á los hombres exalta y diviniza:
Sobre tu tersa frente no han pesado
Esas horas terribles de la vida
En que parece que de pena estallan
Del corazón las delicadas fibras;
Esas noches tristísimas de insomnio
En que el alma luchando en su agonía
Se evapora en suspiros y sollozos,
Sin alivio encontrar en su desdicha.
No has vertido esas lágrimas de fuego

Que en silencio quemando las mejillas
Al pecho van rodando lentamente
Y al angustiado corazón calcinan.
Tú no has sufrido como yo he sufrido
De acérrimo dolor la aguda espina;
Tú no has llorado como yo he llorado
En esas noches de infernal vigilia:
Tú, inocente y feliz como los ángeles,
Has mirado este mundo por un prisma,
Y el cielo con sus orbes de topacio,
Y el mar con sus candidas ondinas;
La tierra con sus campos y sus flores
Y el aire con sus zéfiros y brisas;
Todo bello, sublime y misterioso
Ha sido para tí, cara Virginia:
Y al fin ceñiste en tu frente pura
La corona nupcial que amor nos brinda,
Y al hombre que te amaba con delirio
El corazón le diste sin mancilla;
Y un bello niño como tu alma ha sido
El fruto de esta unión por Dios bendita,
Fruto del árbol de tu amor sincero,
Feliz renuevo de tu amor, Virginia.

II

En el umbral de la vida
Hermoso niño has entrado
Y tus manos no han tocado
Las espinas del pesar;
Que aun no conoces el mundo
Con sus farsantes engaños,

No te han abierto los años
Las puertas de la verdad.

Hoy ajeno de pesares
Te adormeces en tu lecho,
Sin que sientas en el pecho
Las espinas del dolor;
Y tal vez mañana sientes
De una pasión el delirio,
Y sufres ese martirio
Que desgarró al corazón.

Hoy eres para tu madre,
Su dicha, amor y embeleso,
Y sobre tu frente un beso
Imprime con frenesí;
Y mañana, pobre niño,
Quizá huérfano en el suelo,
Viertes tu llanto de duelo
Sin que se apiaden de tí.

Entre bordados pañales
Envuelven tu cuerpo, niño,
Y de todos el cariño
Sientes hoy sobre tu faz;
Y tal vez andes mañana
Andrajoso cual mendigo,
Sin encontrar un amigo
Que te ofrezca su amistad.

Hoy el mundo te sonríe,
Te ofrece dicha y amores,
Por un camino de flores
Crees que transitando vas;
Pero mañana esas flores
Convertiránse en abrojos,
Las lágrimas de tus ojos
De riego les servirán.

Tal es el destino infausto
Del que á este mundo se lanza,
Tras un día de bonanza

Viene un siglo de dolor;
¡La felicidad! fantasma
Que nos deslumbra un momento,
Y que se disipa al viento
De una ligera pasión.

¿Para qué has venido, niño,
A esta tierra de amargura,
Donde el corazón apura
Con los placeres la hiel?
¡Oh! sal de este fango inmundo,
Tus puras alas agita,
Vé á la región infinita
A replegarte en tu ser.

Pero tu madre se queda
En el mundo abandonada,
Sin tu lánguida mirada,
Sin tu sonrisa infantil;
¡Oh! no vive para ser
La esperanza bienhechora
De la mujer que afesora
Mundos de amor para tí.

Ven á aumentar la familia
De la humanidad doliente,
Que no importa que en tu frente
Azote el rudo huracán;
Que la virtud que te fundan
Tus padres con santo celo,
En este valle de duelo
De escudo te servirá.

Vive feliz, ostentando
En tu rostro la alegría
Vive para ser un día
De tus padres el sosten;
Y á mí mismo, niño hermoso,
Que te dirijo este canto,
Tal vez me enjugues el llanto
Que yo vierta en la vejez.

EN UN ALBUM

Son muy tristes los recuerdos
Cuando no existe en la vida
La esperanza bendecida
Que un tiempo nos halagó;
Es muy triste haber soñado
Tantos mundos de ilusiones,
Para hallar las decepciones
De una dicha que pasó.

¡Cuán horrible es la amargura
De esas horas de quebranto,
En que las gotas de llanto
Gotas de veneno son!

Horas que se alza fatídico
Un fantasma en la memoria,
Entre un pasado de gloria
Y un presente de aflicción.

Quien de recuerdos existe,
Vive en su dolor muriendo,
Que ellos están carcomiendo
Sin cesar el corazón:
Es el recuerdo una lámpara
En el alma suspendida,
Que alumbra siempre encendida
La tumba de una ilusión.....

Así yo, cuando recuerdo
Esos días de bienandanza
En que el sol de la esperanza
Iluminó mi pasión;

Al pensar que ya pasaron
Cual del amor el encanto,
Entre suspiros y llanto
Agoniza el corazón.

MEDITACION

¡Qué esencho!... cual un sordo, desgarrador lamento,
El lánguido sonido percibo funeral,
De lúgubre campana que en tétrico concierto
La vanidad del mundo nos viene á revelar.

Y el hombre en su demencia olvida su destino
Y de torpes deleites se precipita en pos,
Y no recuerda que es tan solo peregrino
De la mansión del llanto, del valle del dolor.

No tiende su mirada á la celeste esfera;
Y envuelto entre los pliegues del manto mundanal,
Ni piensa en el pasado, ni el porvenir espera;
El juzga que sus goces por siempre durarán.

Y nécio se entretiene en báquicas orgías,
Corriendo tras un mundo fantástico y pueril;
Cual rápido arroyuelo deslízanse sus días,
La muerte le sorprende en medio del festín.

Verdad aterradora, cuyo recuerdo hiciera
Estremecerle siempre, llenarle de pavor;
Y despreciando audaz del mundo la quimera,
Alzar hasta el empuje su mística oración.

Es el mundo escenario de lúbricos placeres,
Fantasma que deslumbra al mísero mortal;
El teatro donde siempre sucedense los séres,
Y solo decepciones el hombre viene á hallar.

Y en polvo se convierte al fin de su carrera.
Las gracias y hermosura, ¿qué son al fin, qué son?

Despojos carcomidos que se tragó la tierra,
En pos de sí dejando las huellas del dolor.

El hombre bien comprende qué efímera es la vida,
Que otra región existe de eterno padecer;
Que el que en la tierra lleva una alma corrompida,
Irá con sus delitos al antro de Luzbel.

¡Señor! en mi abandono ayúdeme tu gracia:
Conozco tu justicia, tu excelsa majestad;
Válgame de tu sangre sagrada la eficacia,
La sangre que en el mundo viniste á derramar.

Tu mano sacó al hombre del seno de la nada,
Le diste bondadoso un rayo de tu luz;
Un alma le infundiste al bien encaminada,
Porque las huellas pueda seguir de la virtud.

Empero, en su bajeza, insulta tu clemencia
Sin comprender que tú eres su omnipotente autor;
Mientras los orbes cantan tu augusta providencia,
El solo no se acuerda de tu bondad, ¡Señor!

¡Perdon, perdon Dios mío! olvida mis delitos;
Pues te ofendí. Perdona mi negra ingratitud;
Sepárame del número, Señor, de los pecitos,
Alumbra mi sendero con tu radiante luz.

De podredumbre y polvo me encuentro revestido:
¡Señor! en mi miseria conduélete de mí;
Y cuando deje mi alma el mundo corrompido,
Las alas de tu gracia me lleven hasta tí.

MIGUEL ANGEL CORRAL

En Cuenca, que ha producido hombres tan inteligentes, fué donde nació Corral en 1833. Como en el Ecuador las profesiones son escasas y la de la jurisprudencia es mas general y fácil de seguirse. Corral la adoptó, recibiendo de abogado en 1861. Desde muy temprano, llamóle la atención el encanto secreto de la poesía; de esa noble expresión de la vida del alma, transfigurada entre los resplandores de la ilusión, en el cielo de la fantasía. Amó ese estado, buscó con ansia sus impresiones, y la perspectiva del campo, los goces reservados del corazón, la suave melancolía del amor, todo contribuyó á que brotara la chispa del genio que se hallaba encerrada en su mente. Las obras de Corral le colocan en el rol de los poetas nacionales.

UN DIA EN EL PANTEON

I

Un grande edificio se halla
Léjos del sonoro mundo,
Donde en silencio profundo
Todo duerme y todo calla.

Y do profanos conciertos
De acento alegre y ruidoso,
Nunca han turbado el reposo
En que descansan los muertos.

Y el habla de cien mil bocas
Va á apagarse en su portada,
Como el rumor de una oleada
Al quebrantarse en las rocas.

En su tétrico recinto
Se alza sola una palmera,
Cual si á las tumbas la uniera
Un melancólico instinto.

Y su ramage luctuoso
Que lenta el aura extremece,
Como un fantasma se mece
En susurro misterioso.

Y en su estancia cineraria
Solo se contempla vivo
Al cábravo pensativo
Sobre la cruz funeraria;

Que en su lúgubre aislamiento,
Siempre triste y pesaroso,
Lanza su canto medroso
Entre las quejas del viento.

Y allí do todo está inerte,
Ni el huracan sopla rudo,
Porque todo allí está mudo
Bajo el cetro de la muerte.

II

Pero al fin ha debido turbarse
El angusto mutismo, la calma,
Que por siempre mecieron nuestra alma
En tan grave y solemne mansion;

Porque ayer una música irónica,
Cual tremenda infernal carcajada,
Desde el negro cócito lanzada,
Retumbante los aires cruzó.

Y el conuento que el éter rasgaba
En transportes de vivo entusiasmo,
Fué una burla terrible, un sarcasmo
Que insultaba á los hombres y á Dios.

III

Y en ancho banquete que el vals acompaña
Quemados los pechos y el rostro encendido,
Tronante volaba el corcho impelido
Al férvido empuje del aéreo champaña.

Y allí nos sonrieron hermosas mujeres
De lánguidos ojos y mórvido cuello,
Que dando á los vientos su rubio cabello,
Brindaban tesoros de vida y placeres.

É hirvientes chocaban los vasos cubiertos
De trémula espuma que el labio absorvia,
Y en medio el bullicio que alegre crecía
¡Ay! nadie pensaba siquiera en los muertos;

Y todos tenían tal vez sepultados
Allí los despojos de algun caro objeto,
Que acaso al oído hablaba en secreto
Del negro vestido de tiempos pasados.

Mas ¡ay! que en el mundo do alegres vivimos
Muy pronto del alma se van los dolores;
Y nuevas caricias y nuevos amores
Enjugan el llanto que entre ayes vertimos.

IV

Y mirando á la gente enardecida
Fuí, ocultando á los hombres mi tristeza,
A apoyar con el alma estremecida
Sobre un túmulo santo mi cabeza.

Y puse en él mis labios reverentes,
Como siempre, postrándome de hinojos,
Y nadie vió dos lágrimas dolientes
Que en silencio corrieron de mis ojos.

Y mas gratos y ricos de emociones
Los armónicos ecos se extendían,
Y á sus gratas y alegres vibraciones
Conmovidas las tumbas respondían.

Y los muertos tal vez en su hondo abismo
Alzando la cabeza soñolienta,
Tornaban de su largo parasismo
Confundidos tocando su osamenta.

A LA INFAUSTA MEMORIA

DE DOLORES VEINTEMILLA

I

Tiembla la pluma en mis manos,
El llanto á mis ojos brota
Y en silencio y gota á gota
Va cayendo en el papel;
Y como no hallo una queja
Harto doliente y sentida,
Con la pluma suspendida
Lloro tu destino cruel.

¡Ay! el mundo enturbió impio
De tu vida la onda pura
Y ante tí ¡pobre criatura!
Rugió negra tempestad;
Y cruzando las regiones
De un sombrío escepticismo,
Te lanzaste en el abismo
De la oscura eternidad!

¡Infeliz! qué sentirías
Cuando toda confundida

Y así como el amante que dormido
Suspirando en su lecho se recuerda,
Si llega á oír un cántico sentido
Al blando son de enamorada cuerda;

Tal vez reanimadas sus pasiones,
Cruzaron por su frente carcomida
Entre un rayo chispeante de ilusiones
Los sueños luminosos de la vida.

Y latiendo su siene polvorosa
Al influjo de estraños incentivos,
Luchaban por alzar la grave losa
Y sentarse al banquete de los vivos.

V

Y mirando entre sombras bosquejada
A la muerte triunfante
En su veloz caballo arrebatada,

Hablándola de frente la dije en mi despecho:
« Azota despiadada tu pálido corcel;
Avanza en tu carrera que el mundo nos es estrecho
Y aun huesos necesita tu fúnebre escabel.

« Y cruza pavorosa la tierra sin cansarte,
Llenando los imperios de luto y destrucción;
Y siempre vencedora sacude tu estandarte
Al hórrido silvido del rápido aquilon. »

Te hallaste despavorida,
Sola, delante de Dios!
Cuando en vez de su mirada
Santísima y adorable,
Oíste el trueno formidable
De su omnipotente voz!

¡Cuánto, cuánto sufrirías
Al ver que un ángel doliente
Deshojaba tristemente
Una guirnalda inmortal;
Y que en ese instante mismo
Los arcángeles callaron,
Y mil querubines alzaron
Un cántico funeral!

II

Ninguno como yo te comprendía,
Todo lo grande tu alma arrebatada
Y en tus ojos chispeantes se irradiaba
El fuego de tu ardiente corazón.

Serena desafiando las tormentas,
Nunca vióse tu frente oscurecida;
Pero al dejar las playas de la vida
Cobarde fué tu heroica abnegación.

¡Ah! como no rompiste horrorizada
Ese cáliz fatal que hirvió en tu pecho,
Al contemplar en su tranquilo lecho
Al hijo caro de tu tierno amor?
En esa hora terrible de martirio
Ya en tu pesar, tal vez, estabas loca
Cuando pusiste en su inocente boca
El mudo beso de tu amargo *adios*.

¡Pobre mujer! ya duermes en el polvo,
Mas nadie te ha de alzar una plegaria,

Ni ha de verse en tu huesa solitaria
La bendita figura de una cruz.
Y solo el astro que alumbró tu cuna
Al caer moribundo en occidente,
Verterá en tu sepulcro tristemente
El pálido fulgor de su áurea luz.

Vosotros los que fuisteis sus amigos
Compadeceid su muerte desastrosa,
Y en el duro peñasco en que reposa
Plantad siquiera un fúnebre ciprés;
Y al ménos este frágil monumento
Consagrad á su bárbaro suplicio;
No olvidéis su terrible sacrificio,
Y visitad su tumba alguna vez.

LA MAÑANA

El ténue resplandor del sol naciente
Poco á poco los cielos ilumina
Y al fresco soplo de vital ambiente
Va huyendo presurosa la neblina.

En los árboles húmedos, resbalan
Trémulos visos de carmin y de oro,
Y aleteando los pájaros exhalan
En trino alegre su cantar sonoro.

La flor que el aura revolando toca
Entreabre su pétalo fragante,
Como una virgen su olorosa boca
Al casto beso de su tierno amante.

Y mil murmullos pueblan armoniosos
De músicas errantes el espacio,

Mientras que el sol en rayos luminosos
Ostenta ya su disco de topacio.

Y en medio de tan plácido concierto,
Lleno de pena, y de ilusión desnudo,
En mi pecho infeliz ¡ay! casi muerto
Solo mi corazón palpita mudo.

Y ya el sol despejado se levante
Por entre un cielo de purpúreo raso,
Ó luzca su diadema vacilante,
Suspense en los abismos del ocaso;

¡Nada me importa á mí! su rayo ardiente
Que el sauce tiñe y dora la *arirumba*,
Viene á quebrarse pálido en mi frente
Como en la mística piedra de una tumba.

RECUERDOS

Cuando el sol ya apenas arde
Al confin del occidente,
Y los rayos de la tarde
Colorean mi mística frente;

Guiado por mi desconsuelo,
Triste voy hasta encontrar
Un misterioso arroyuelo
De lánguido murmurar,

Que entre la selva escondido
Solo mi amor conoció;
Y que aun repite un gemido
Que no entiende sino yo.

Y allí traigo á la memoria,
En su margen recostado,
La melancólica historia
De un amor infortunado.

Y al través de mi ilusión
¡Ay! de nuevo alcanzo á ver
Cruzar por mi corazón
La sombra de una mujer.

Y en medio de mi quebranto,
Para mitigar mis males,
Vuelvo á enturbiar con mi llanto
Sus purísimos cristales.

Y cada ola que refleja
Mi semblante y que yo sigo,
Huye lanzando una queja
Cual si llorara conmigo.

Y aunque no sé á donde van,
Sé que nunca han de volver
Como nunca volverán
Mis ilusiones de ayer;

Porque también son olas palpitantes
Que manan de las fuentes de la vida,
Y que van deslizándose brillantes
Al rayo de una luz siempre mentida;

Y que si murmurando deliciosas,
Al pasar la existencia vivifican,
Solo entreabren flores engañosas
Que jamás en el alma fructifican.

UN VUELO DE MI ALMA

Sopla el austro : las cumbres despejadas
Lucientes se alzan tras dorado velo,
Y las plantas y flores en el suelo
Á los rayos del sol están dobladas.

En tanto que las nubes incrustadas
En el inmenso azul del claro cielo,
Montañas fingen de escarpado hielo
Por las manos de un Dios acá lanzadas.

Y yo volviendo mi tostada frente
Miro el mundo en la bóveda vacía,
Del sur á septentrion, de ocaso á oriente;

Pero al cruzarle audaz el alma mía
Con desprecio lo vé, porque se siente
Mas grande aun que el mundo todavía.

REPÚBLICA

ARJENTINA